

**LA HISTORIA A TRAVÉS DE SUS PERSONAJES:
SÁTIRA POLÍTICA, BIOGRAFÍA Y RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA
EN LOS RETRATOS POLÍTICOS DE LA REVOLUCIÓN DE ESPAÑA
DE CARLOS LE BRUN**

**Francisco CUEVAS CERVERA
(Universidad de Cádiz)**

Aceptado: 22-X-2003.

RESUMEN: *Este estudio trata de organizar el conjunto de biografías de la obra de Carlos Le Brun, Retratos políticos de la revolución de España, en función de la crítica que se realiza de los retratados, buscando una intención satírica común al conjunto de la obra y unos modos comunes de proceder frente a cada grupo ideológico. Se pretende así perfilar la visión personal de Le Brun sobre la compleja estructura política e ideológica de principios del siglo XIX en España. También se añade un breve estudio sobre la relación del lenguaje utilizado con la sátira y sus objetivos, señalando una forma que le es hábil al autor para este tipo de crítica. Palabras clave: Le Brun, sátira, retrato, política española, siglo XIX.*

ABSTRACT: *This article tries to organize the group of biographies of Le Brun's book, Retratos políticos de la revolución de España, respecting with the critic that is made about the subjects of his biographies, looking for a satirical common intention to the whole book and common ways about how the author faces up every ideological group. The intention is to show the personal vision of Le Brun about the complex ideological and political structure from the beginning of the nineteenth-century in Spain. It is added also a short study about the relation between the used language and the satire and its objectives. Key words: Le Brun, satire, portrait, Spanish politic, XIXth century.*

*Retratos políticos de la revolución de España*¹ ofrece una nueva visión sobre los grandes momentos revolucionarios en la historia de España a principios de siglo XIX:

¹ Carlos Le Brun, *Retratos políticos de la revolución de España ó de los principales personajes que han jugado en ella, muchos de los cuales están sacados en caricaturas por el ridículo en que ellos mismos se habían puesto, quando el retratista los iba sacando; con unas observaciones políticas al fin sobre la misma; y la resolución de la cuestión de por qué se malogró ésta, y no la de los Estados-Unidos*, [sin imprenta], Filadelfia 17 de Junio de 1826, 422 pp.

la Guerra de la Independencia y las Cortes de Cádiz (1808-1814) y el Trienio liberal (1820-1823), fracasados por la restauración de la monarquía absoluta en ambas ocasiones. Pero la reconstrucción de la historia se realiza de forma bastante original: la historia se va perfilando a través de las biografías (muy personales, subjetivas y en las que no tiene por qué aparecer siempre un dato histórico concreto y real) de las personas que intervinieron en ella, y a través de este recorrido seudohistórico, demostrar cuáles han sido los errores de la Revolución. Todas las biografías («biografías revolucionarias», tal como se califican en el *Prólogo*) se vertebran en torno a esa crítica general: la del fracaso de la libertad, fracaso provocado por los hombres que la manejaron o despreciaron. Porque: «la nación que quiere ser libre, lo es» (*Ojeada política*), y la nación «no es más que los hombres que la componen» (*Prólogo*). Muchos hombres debieron ser los que no quisieron esta nueva libertad, muchos los que defendieron una falsa libertad, todos objetos de la mordaz pluma de Le Brun; de no ser así, el resultado habría sido diferente, porque

La libertad, si es cierta, siempre vence;
si es falsa, el despotismo la somete
(Cita al principio de la *Questión política*.²)

Más adelante veremos cómo se caracteriza a los personajes-personas objeto de las biografías, según su ideología y su defensa de la libertad, que es el criterio fundamental para la valoración positiva o negativa de los retratados.

El núcleo central del libro está compuesto por las ciento ochenta y seis biografías que se corresponden con otros tantos personajes históricos relacionados con la política e ideología española del primer cuarto del siglo XIX. Este cuerpo central está precedido de un *Prólogo de editor*, que es una declaración de intenciones y una justificación de la obra, y seguido de otras dos partes: *Ojeada política u observaciones sobre la revolución de España que fixan las causas de su malogro* y *Questión política de por qué se malogró ésta y no la de los Estados- Unidos*. Si el cuerpo fundamental de la obra se caracteriza por la atomización de ideas, en relación con la gran cantidad de personajes, el final de la misma, con sus dos epílogos, se caracteriza por la síntesis: la *Ojeada política* retoma lo expuesto en las biografías en relación con ideas generales de política y de filosofía política aplicadas a España y la última arranca de esta síntesis para contraponer el caso de España que se ha desarrollado en las casi cuatrocientas páginas anteriores con el de los Estados Unidos. Este procedimiento es similar al método dialéctico que sigue el modo argumentativo, muy acorde con la literatura de ideas (tesis:

² En los fragmentos que se han tomado de la obra se ha modernizado la acentuación de acuerdo con las reglas ortográficas actuales, pero se mantienen las grafías del original y la puntuación.

todas las biografías y la conclusión acerca de las mismas que se expone en la *Ojeada política* – antítesis: el contrapunto que supone el triunfo de la libertad en los Estados Unidos frente al caso español – síntesis: que se recoge en la *Questión política* y al final de la obra).

La obra se completa con un índice onomástico que recoge todos los nombres de los retratados ordenados alfabéticamente (*Índice alfabético de los nombres contenidos en este volumen biográfico*³).

El autor.

Muy poco es lo que podemos saber del autor, a excepción de lo que aparece en el mismo libro: «DN. CARLOS LE BRUN, Ciudadano de los Estados-Unidos e Intérprete del Gobierno de la República de Pensilvania; Autor “del Beneficio de un Filósofo,” – “de una Gramática Inglesa y Española,” y Traductor “de los ensayos de Pope sobre el Hombre,” – “del Anti-Anglómano,” – “de la Libertad de los Mares,” – y otros Libros de Literatura». De estas obras citadas sabemos que *La libertad de los mares ó El gobierno inglés encubierto* es una traducción del original de Barére de Vieuzac, *Liberte des mers*, publicada en Filadelfia en 1825. Posteriormente se publicaría en España en Madrid (Imprenta de C. Matars, 1835) y Barcelona (Imprenta de F. Sánchez, 1842). Lo interesante es que en el catálogo de *Library of Congress* en que se recogen ambas publicaciones se fecha la muerte del autor en 1844.

Además de las obras que se citan, Carlos Le Brun es autor de una *Vida de Fernando Séptimo, Rey de España ó colección de anécdotas de su nacimiento y de su carrera privada y política* (I. Ashmead y Ca., Filadelfia, 1826), un poco posterior a la obra que nos ocupa.

Lo que es realmente interesante para la comprensión de esta singular obra es la ideología política y filosófica del autor, que se pone de manifiesto de forma indirecta cuando se enfrenta al problema de España y teoriza sobre él. Bien es cierto que todos los retratos que presenta el autor son, unos más que otros, caricaturas («muchos de los cuales están sacados [los personajes de la revolución] en caricaturas por el ridículo en que ellos mismos se habían puesto», fragmento del subtítulo), y que a todos ridiculiza, pero no a todos con la misma crudeza, o, por lo menos no a todos desde el mismo punto de mira.

Le Brun está en la línea del liberalismo reformador. Esta idea está presente en los

³ Cuando se ofrezcan ejemplos pertenecientes a alguna de las biografías se hará constar en cursiva la biografía en que dichas palabras se incluyan, con el fin de facilitar su búsqueda apoyándose en este índice alfabético de nombres que el mismo libro contiene tras la *Questión política*.

retratos, en los que se van dispersando una gran cantidad de ideas de carácter general no sólo acerca de política, sino acerca de la propia naturaleza humana. Son muchos los casos en los que defiende el liberalismo (en cuanto a idea, no al partido) y la libertad como valor esencial del hombre.

Resultan muy esclarecedoras las dos últimas partes del libro respecto a la posición ideológica que adopta el autor ante los problemas de España, y fundamentalmente las últimas, porque suponen en parte una recopilación de las ideas desgajadas en las biografías: *Ojeada política* y *Questión política*, de la que se dice en el subtítulo de la obra: «[...] y resolución de la cuestión de porque se malogró ésta y no la de los Estados-Unidos». Es en Estados Unidos, Filadelfia, donde se publica esta obra en 1826. De la lectura de la obra se deduce que Le Brun debió de permanecer en España, y que probablemente conoció en primera persona los hechos ocurridos en la política española, quizá hasta un poco después de la Restauración de la monarquía absoluta en 1823 y que en fechas posteriores siguió teniendo contacto, si no con españoles, al menos sí con prensa española o con alguien cercano a la política; ofrece datos muy concretos sobre el fracaso del trienio liberal y los personajes que participaron en la política esos años. Puede encuadrarse la fecha de composición de la obra por su alusión a hechos históricos contemporáneos, y sobre todo a los personajes. En este sentido son muy interesantes las notas a pie de página que introduce el mismo Le Brun y algunas alusiones en las biografías.

En la biografía de don Veremundo Arias se dice que éste no quiso «venir a Cádiz» en las épocas de liberalismo político. ¿Hemos de suponer que Le Brun se encuentra en estas fechas en Cádiz? Hay que tener cuidado con estas consideraciones. El estilo periodístico, con su afán informativo, cercano y personal para con el lector exige en ocasiones de procedimientos textuales que no podemos afirmar que se correspondan con la verdad histórica, al menos, no siempre. Si bien es cierto que en éste, más que en otros géneros, la voz de lo que se nos cuenta tiende a identificarse con el autor, trazaremos una línea de separación entre el satírico que está detrás de las biografías y el autor como persona real (Le Brun), de la misma forma que suele realizarse en narrativa entre narrador y autor. Igualmente hemos de recelar de aquellas ocasiones en las que describe un hecho anecdótico, los gestos y modos de actuar de los retratados con fórmulas como «se le ve por las calles», «miraba» de tal o cual modo... que hacen pensar que Le Brun es realmente testigo presencial de lo que se cuenta.

Las notas a pie de página son interesantes porque generalmente se incluyen para dar las últimas noticias acerca de alguno de los personajes, con lo que hemos de suponer que ocurrieron, o llegaron a oídos de Le Brun, con posterioridad a la preparación de la obra para la imprenta, y por eso estos datos se introdujeron a pie de página. Un ejemplo muy claro de esto, en que se alude a una fecha concreta, incluso, es la nota que aparece

en la biografía de Empecinado: «El 26 de Agosto de 1825 sufrió pena de horca el Empecinado».⁴

Con la Restauración del régimen es lógico pensar que Le Brun pasó a engrosar la lista de intelectuales residentes en España que tuvieron que exiliarse al extranjero. Estados Unidos, un país que a principios del siglo XIX se erigía como estandarte de la libertad, fue el destino de Le Brun, y el lugar donde una obra de las características de los *Retratos políticos* podía publicarse sin temor a la censura, algo que hubiera sido impensable en España. El contraste entre España y los recién nacidos Estados era más que evidente. Y es este contraste el que se pone de manifiesto en la última parte del libro:

¿Por qué los Americanos de Estados-Unidos consiguieron su libertad, separándose de Inglaterra, nación la más fuerte y rica de las que existen, que lo resistió con todo su poder, y la España no lo ha podido conseguir en las dos veces, que lo ha intentado, aunque el poder de Fernando 7º para resistirlo, haya sido como nulo, y su fuerza moral fuese en el mundo político poco más de cero.

Es, en definitiva, una exaltación de la libertad, una negación al Antiguo Régimen, a los gobiernos («Desde que hubo gobiernos, hubo esclavitud», *Ojeada política*), y, en varias ocasiones, un elogio al americano y a la Revolución de 1776.

Esta exaltación de los estados americanos y la forma en que Le Brun habla de los españoles en una tercera persona generalmente fría y distante en la que pocas veces se incluye, además de su apellido delator, hacen que Le Brun aparezca como un extranjero. Se corresponde con el motivo de la persona que suele aparecer en la literatura relacionada con la crítica o la sátira en el siglo XVIII y XIX,⁵ que por su ser extranjero, tiene cierto carácter de pretendida objetividad para enjuiciar acerca de una sociedad a la que no pertenece y cuyas omnipresentes y represoras ideas no le incapacitan mirar críticamente a su alrededor (al modo del Gazel de las *Cartas marruecas*). Nuevamente nos movemos entre los límites de ese impreciso juego entre verdad histórica y artificio literario. Sea Le Brun consciente o no de ello, esta característica le permite adoptar ese tono propio de sus biografías: el del hombre que está lejos, pero en una lejanía que no es ni espacial ni temporal, ya que precisamente los recursos que se utilizan pretenden dar una idea de cercanía con respecto a los hechos y al lector; es una lejanía ideológica, de concepción de la situación. Es cierto que en ocasiones, no en muchas, sus biografías

⁴ También en otras notas se alude a hechos concretos. Nota a Moreno-Guerra: «ha muerto en la travesía a Liverpool desde Tánger»; nota a Castaños-General: «lo ha puesto Fernando al fin en el nuevo consejo de Estado, donde hoy está»; nota a Copons: «Se ha dicho en los papeles haber sido absuelto»; nota a Cañedo: consiguió el «arzobispado de Burgos, donde está».

⁵ Cf. Luis Yrache Esteban, *Literatura e ideologías: Introducción al comentario literario ideológico de textos (siglos XIII-XIX)*, Librería General, Zaragoza, 1977.

rompen en un desgraciado lamento por el fracaso de la libertad en España, pero, a pesar de que no es un satírico frío, o no siempre, escribe desde la convicción de quien se encuentra en el lado de los ganadores.

Las biografías.

Se dice en el Prólogo que los personajes «se describen por la parte que en ella [la revolución] tuvieron», escribiendo «el bien o el mal» que hicieron en la revolución de España. Sin embargo, pocos hicieron bien, o pocos de los que lo hicieron se cuentan entre estos «agentes de la revolución». Todos, y sin excepción, son objetos de sus críticas, de su personal enfoque satírico: desde el rey al liberal revolucionario más exaltado. Pero sin duda la crítica se va matizando según el objeto. Para saber hasta qué punto es cierta la caracterización de las personas en los retratos (se corresponde más o menos con la realidad histórica, tal como la conocemos) hay que tener en cuenta el estado político e ideológico en la España de principios del siglo XIX. Como dijimos, los dos momentos fundamentales en los que fija su atención Le Brun son los dos en los que del Antiguo Régimen se pasa a un Nuevo Régimen (liberalismo), con escaso resultado. Entre los extremos ideológicos que representan a uno y otro régimen hay un enorme grado de matices: si son difíciles de parcelar para los estudios de historia, entre los que se siguen encontrando múltiples superposiciones de ideologías y trasvases de personas de uno a otro grupo, tampoco en la obra de Le Brun vamos a encontrar una clasificación sistemática. Además, los partidos políticos van evolucionando desde 1808 a 1823.

En líneas generales podemos distinguir hacia 1808 una ideología absolutista opuesta a la revolución, dividida en varios núcleos: conservadores, renovadores, ilustrados; frente a una ideología «innovadora», que serán los liberales de 1820, entre los que a su vez pueden establecerse diferentes grados, desde los moderados a los más exaltados (lo que será tras el reinado de Fernando VII el partido progresista). Los estudios de historia han utilizado también otras denominaciones: «serviles» para los conservadores (es el término usado en la época por los liberales, y preferido por Le Brun), «apostólicos», «voluntarios realistas». La acumulación de esos y de otros muchos términos («jovellanistas», «doceañistas»...) distorsiona en ocasiones la realidad histórica, ya de por sí complicada. Para este estudio, que no persigue una clasificación «histórica» de los personajes, sino solo la interpretación literaria de una clasificación previa, nos basaremos, como ya hizo Le Brun, en un eje básico en torno a dos polos (conservador –

liberal), con sus matices y grados en uno y otro extremo.⁶

En cuanto a los grupos sociales, la confrontación ideológica de 1808 a 1823 se centra en la mesocracia, fundamentalmente eclesiásticos, militares y funcionarios, y también parte de la nobleza. También serán éstos los que se retratan en el libro de Le Brun. La mayoría de ellos son diputados de las Cortes, tanto de la primera como de la segunda época, algunos nobles, muchos eclesiásticos (algunos de los cuales son también diputados), los reyes (José I y Fernando VII), personas relacionadas con el gobierno: ministros, regentes, personas de la administración. Entre los retratados se incluyen tan sólo dos mujeres, ambas nobles: la duquesa de Osuna y la marquesa de Villafranca.

El eje inicial que traza Le Brun, ante esta amalgama, es desde luego el más operativo, y a partir de ahí introduce gran cantidad de matices, muchas veces de escaso rigor histórico: es el eje en torno a los serviles / los liberales. Es lógico además que no se busque una clasificación más sistemática; en el fondo, ¿para qué?, lo que interesa a Le Brun es demostrar que todos fueron inservibles para la revolución, estén del lado que estén. Es cierto que del conjunto de biografías son muy pocos los que se salvan de la crítica. Ni siquiera los que abogan por la libertad. Le Brun defiende la libertad como idea autónoma, pero concede pocos elogios al partido liberal, en cualquiera de sus vertientes.

La crítica a las ideologías y al quehacer político se vehicula a través de personas concretas. De ahí que los defectos individuales, o las menos de las veces, las virtudes, vengan a entremezclarse con los defectos, vicios, errores, tanto de la sociedad española en general, como los propios del hombre o de determinado pensamiento político. En una aproximación muy general, a los serviles se les critica por el hecho de serlo; a los liberales, porque casi ninguno lo es en realidad (tema de la hipocresía y de la confrontación entre la apariencia y realidad), por su ineptitud como políticos, por utópicos; al español por la creencia ciega en las supersticiones, por su apatía, su apego a las tradiciones, y cierta tendencia a la esclavitud; al hombre, por su ambición de poder, por la envidia, por el egoísmo. Poco a poco iremos desarrollando cómo se presentan estas críticas.

Aun así existen algunas biografías que no son del todo negativas, fundamentalmente de algún liberal y, sorprendentemente, a algún servil se le reconoce cierta «buena fe» (Borrull, José Napoleón). Pero el talante mordaz y satírico de la prosa de Le Brun es incapaz de desaparecer por completo en estos casos; de hecho, la exaltación de un personaje se realiza en un movimiento de contraposición, es decir, criticando a sus

⁶ Para una aproximación más perfilada de las posiciones ideológicas durante la revolución y todo el desarrollo de las mismas desde una perspectiva histórica, véase Javier Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Alianza, Madrid, 1988; y Francisco Villacorta Baños, *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal*, Siglo XXI, Madrid, 1980.

contrarios. Si se valora positivamente a Riego, a la marquesa de Villafranca, a Empecinado o al duque del Parque por su ser y hacer liberal (es importante que se unan ambos), lo que se hace es criticar a los que imposibilitaron, anularon, menospreciaron, disminuyeron... su participación en la revolución. Y lo que resulta más curioso, cuando se critica al rey y a los serviles, en ocasiones se convierte la biografía en una doble invectiva: arremete también contra los liberales y contra todos en general que no les imposibilitaron participar en la contrarrevolución, que les dejaron hacer. Suele ser en estos casos de crítica indirecta, que se realiza a partir de una visión primera de otro personaje cuando la crítica resulta más dura, más amarga incluso.

Esta última observación permite hacer muchas consideraciones acerca de la unidad de la obra. Los retratos, las biografías revolucionarias, se relacionan unas con otras por las mismas relaciones personales que se establecen entre los personajes en la realidad. Esto le permite a Le Brun saltar de una biografía a otra, ofreciendo pinceladas dispersas de un personaje en la biografía de otro. El ejemplo más claro es el del rey Fernando VII, que analizaremos más adelante. En ocasiones las relaciones de una biografía a otra no se establecen por las relaciones reales entre ambos personajes, sino por una relación que propone el autor. Este procedimiento sirve básicamente para identificar una ideología común a varios personajes: «¿Ignoraba Argüelles su amigo, que estaba identificado con él constitucional y domésticamente en opiniones, en domicilio, en las confianzas más íntimas, esta conducta sórdida de su camarada?» (*Toreno*). Frecuentemente se alude al hecho de que dos personajes son dos cuerpos con una sola alma, o «una misma esencia» (*Francisco de Paula, Fernando y don Carlos*). Y también este procedimiento sirve para contraponer ideologías: «Tan de buena fe como era Moreno-Guerra liberal, era Panés servil» (*El marqués de Villapanés*). Entre estas alusiones de unos personajes en las biografías de otros con esta finalidad resalta uno que es el que funciona como pivote para todos: el rey Fernando VII, que se asocia con los serviles (a los que aprecia) y se contrapone con los liberales (a los que odia).

Esta imbricación de unos en otros y el hecho de que para completar una biografía debemos acudir a otras da sentido de unidad a la obra. Es decir, no completaremos cada una de las biografías hasta no haber leído el conjunto. Podemos seguir un recorrido de unas biografías a otras, según los personajes que se explicitan en cada una; por ejemplo, si comenzamos por la primera, la de *Moreno-Guerra*, para comprenderla en su totalidad, tendríamos que leer a continuación las de *Fernando VII* y *Argüelles*, a los que se nombra, y de éstas ir a otras (*Riego, Mexía...*), entretejiéndose todo un complicado entramado de relaciones interpersonales entre los personajes del libro. A medida que se va avanzando en la lectura, el lector tiene más datos de los personajes que quedan por aparecer y de los que ya han aparecido.

Esto, unido al hecho de que el ordenamiento que presentan algunos retratos en la

obra obedece en ciertos casos a una intención previa (a un retrato le sigue el de otro personaje de quien se ha tratado en el anterior), aunque hay que reconocer que esto es sólo ocasional, demuestra una obra concebida con cierta unidad. Y decimos sólo «cierta» porque es verdad que la mayoría de los retratos se comportan de forma independiente, pero sin olvidar un marco común (es casi como una colección preparada para publicación en prensa; ya veremos la influencia del nuevo lenguaje periodístico en la obra). El marco común está expresado explícitamente por la intención del autor en el prólogo, por las alusiones de unos personajes en otros, y también por la mirada subjetiva de Le Brun, que está detrás de todas las biografías confiriéndoles unidad a través de los juicios de carácter general y sentencioso que va repartiendo por el grueso de los retratos, y que obedecen a la postura ideológica y crítica del autor o, si se prefiere, del satírico.

Hay otro aspecto que debemos tener en cuenta. Cuando se critica a un personaje desde la biografía de otro puede ser, como hemos dicho, por la semejanza o por la contraposición entre ambos. Pues bien, lo más curioso es que, remitiendo a la doble vertiente de la sátira como género retórico: *laudatio*, virtudes defendidas, y *vituperatio*, vicios censurados,⁷ cuando tenemos lo que se llama *laudatio*, en realidad lo es por una valoración en negativo, por la *vituperatio* de un personaje que le es contrario. Pocas veces se procede a la inversa. Si partimos de una *vituperatio* y se alude a algún otro personaje distinto al objeto de la biografía, es para proceder con él de igual manera, o incluso con mayor mordacidad.

Estos movimientos de antítesis y contraposiciones dentro de una misma biografía, unidos a la tendencia a ir mezclando la biografía de hechos históricos con los pensamientos y actitudes, y el ofrecer juicios de carácter generalizador acerca de filosofía política o reflexiones sobre el mismo ser del hombre que desembocan en divagaciones, dificultan la caracterización de la sátira que se realiza con respecto a cada grupo ideológico o político, la crítica contra los serviles frente a la crítica contra los liberales: en primer lugar por los matices que se establecen en uno y otro grupo, que son tantos como personas individuales pueden adscribirse a uno y otro; y segundo, porque la sátira que se realiza indirectamente no siempre responde a la que se hace del sujeto de esa biografía en concreto.

La superposición de planos críticos, el criticar a alguien a partir de otro, puede relacionarse también con el tono de esta crítica, aunque no es siempre coincidente; en ese doble plano del que hemos hablado, el tono humorístico e irónico común a toda la

⁷ Según las consideraciones de Mack en «The muse of satire», *Satire*, ed. R. Paulson, New Jersey, 1971, recogidas en el seguimiento que sobre la historia de la teoría de la sátira realiza Rosario Cortés, *Teoría de la sátira*, Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres, 1986, p. 87.

obra se vuelve a veces más desengañado, pesimista, aunque pocas veces estalla Le Brun en una denuncia dolida (probablemente porque lo observa todo desde la perspectiva del extranjero, porque está lejos, en el lugar donde ha triunfado lo que falló en España). Es interesante hacer notar estas variaciones en el *spectrum* (el mayor o menor grado de crítica según lo polémico, o sólo burlón, que se pretenda ser): este procedimiento en la presentación de una crítica resuelve uno de los problemas más graves de la sátira, siendo como es una expresión de la hostilidad hacia una determinada persona; ha de atraer al lector, por lo que no puede mostrar su ira hacia la víctima de una forma desnuda, tiene que distanciarse y atacar de una forma indirecta. Estos filtros que se tienden entre la crítica hacia un retratado y otro que se incluye en la biografía es uno de esos mecanismos distanciadores, conseguido a través de la estructura, como lo serán la ironía o la paráfrasis en el plano formal.

Un eje central: la dicotomía servil / liberal.

Como hemos dicho, son los dos polos en torno a los cuales se organizan las biografías. Se plantea desde las dos primeras: *Moreno-Guerra* frente al *marqués de Villapánés*, entre los que queda manifiesta esta contraposición ideológica. En líneas generales cada retrato comienza con el cargo que el personaje concreto desempeñó en la revolución (fundamentalmente diputados: «Diputado de la primera época de Cortes», «General») para pasar a un primer acercamiento ideológico, que es a veces el que encabeza la biografía, donde se especifica si es servil o liberal, en una frase nominal en la que el término «servil» o «liberal» adquiere una enorme cantidad de matices: «Liberal a prueba», «Teológicamente servil», «Disparatadamente liberal», «Servil por esencia, presencia y potencia», «Servilísimo», «Liberal enliberado»... Esta fórmula inicial con la que comienzan las biografías recuerda a las clasificaciones científicas de Linneo (en género, especie, subespecie) contemporáneas a la obra y que le da cierto aire científico (objetivo) a pesar de la enorme subjetividad que esta obra encierra.

A pesar de esta caracterización primera, que suele ser muy aguda, como puede verse, no hemos de tomarla siempre como tal. En el desarrollo de la biografía se realizan consideraciones que a veces hacen variar la primera impresión: «lo creyeron liberal y no se engañaron, por que lo fue todo» (*Castaños*). Esta variación en la consideración de un personaje, que convierte las primeras frases sobre él en irónicas, se relaciona con el defecto que más se critica: la falta de delimitación en la ideología, los liberales que lo son sólo en apariencia, o los serviles que se disfrazan de liberales. El tema de la apariencia y la realidad será uno de los ejes centrales de crítica en la obra.

Los serviles.

Lo que diferencia la crítica contra los serviles de la que Le Brun dirige contra los liberales es que en la primera se critica no sólo a las personas, sino también a la ideología. El mantenimiento del Antiguo Régimen es para Le Brun un atraso, un sistema insostenible que coarta las ansias de libertad del hombre. En este sentido, Le Brun adopta contra los gobiernos conservadores una actitud de protesta, de negación (en contra de los privilegios, de los mayorazgos, de las rentas eclesiásticas, contra los que arremete irónicamente): «Desde que hubo gobiernos, hubo esclavitud» (*Ojeada política*).

La libertad se exalta en toda la obra como el valor fundamental. A la libertad se llega a través de la razón, y es de esta falta de raciocinio de la que adolecen los serviles, y también muchos liberales. Esta identificación entre libertad y razón propicia la contraposición entre la razón y el sistema vigente, que resulta ser, a todas luces, irracional: el Antiguo Régimen está «en razón inversa con sus conciudadanos» (*Marqués de Villapanés*). Si la razón se inclina naturalmente hacia la libertad, todo lo que no sea tender hacia ella, como el absolutismo, es un «extravío de la razón en cuanto dimana de la razón universal» (*Marqués de Villapanés*).

Si el sistema se mantiene, es por la costumbre: el servilismo tiene «la posesión de tantos siglos, y la ilusión y la superstición lo favorecen», es «la fuerza mágica del siempre fue, que pesa más en el pueblo, y hace un impresión más fuerte que la razón misma. En fin, el señor tiene a su favor todo el pasado y el futuro, que obran por él en la imaginación de los esclavos» (*Ojeada política*); para el servil «lo que fue es para él lo que debe ser siempre» (*Eguía*). Es el sistema que se ha ido heredando de generación en generación con un nulo espíritu crítico, como ya hemos dicho, con una total falta de razón. Éste va a ser uno de los principales defectos de los que se denominan serviles: el admitir el Régimen tal cual lo han encontrado, por el hecho de ser así, por eso, cuando se afirma que alguien es servil, esta idea siempre se relaciona con el pasado: «tenía [...] cosas de hombre mayor» (*Capmany*); «se le debe escusar, porque era opinión de familia y esto de vivir de las ideas de los mayores [...]» (*Cañedo*).

Los nuevos aires de libertad (al menos aparentes) que trajo el siglo XIX son descritos por Le Brun desde la perspectiva de estos personajes serviles: para ellos la *libertad* es una novedad, una ruptura con la tradición. Para aumentar el efecto humorístico, Le Brun enfoca internamente a través de estos personajes y es como si hablaran a través de la voz del satírico: «toda la vida ha estado España sin constitución» (*Villanueva*); «[para que ahora] se les antoje a los españoles libertad» (*Don Carlos-Infante*).

Unido a esta ceguera ante las nuevas ideas de libertad que para ellos son ridículas, los serviles se nos presentan como personas de poco entendimiento, se les critica su

estupidez, su «imbecilidad», a la que en muchas ocasiones se alude explícitamente (es la *stultitiae reprehensio*, tal como se entiende en la sátira latina): «Nadie había estudiado más en hacerse tonto que su ilustrísima» (*Arias*); «como no lo conocía, ni había oído hablar de liberalismo en toda su vida, ni Escoto decía nada de él, le parecía todo liberalismo y libertad» (*Vélez*, a lo que sigue una comparación de Vélez con don Quijote, que acentúa la crítica). También se critica su tozudez: «no hay fuerza que le haga entrar en la cabeza el orden» (*Marqués de Villapanés*).

Pero por encima de esta ineptitud, intolerancia, o falta de raciocinio, lo que más se le critica a los serviles es su propia catadura moral, su ambición de poder, su egoísmo que se regodea en sus propios intereses personales; en varias ocasiones se afirma una maldad intrínseca al mismo hecho de ser servil: «¡Qué nación que tiene por héroe a su verdugo, porque ahorca a sus defensores!... ¡De qué estarán amasadas estas almas! – ¿Si serán todavía imágenes de Dios...? Qué dioses tan viles serían los que hubiesen dado el diseño?» (nota a *Empecinado*); «un par de liberales hechos pedazos formaban su plato diario» (*Don Carlos*).

Si hay alguna virtud que Le Brun pueda admirar de los serviles radica en aquello que falta a la mayoría de los liberales descritos: el convencimiento de su ideología y la identificación entre el pensar y el actuar (claro está, identificación que podía darse con facilidad en el régimen absolutista de Fernando VII). Así se dice de *Villapanés*: «tiene el mérito de creerlo así, y no porque lo hagan ministro», aunque también puede entenderse como una frase cargada de ironía.

La crítica entre la apariencia y la realidad también se hace presente en la caracterización de los serviles, aunque, como es una característica propia de los liberales, la analizaremos en profundidad más adelante. Lo que nos interesa es que Le Brun, desconfiando entre lo que parece ser y lo que es, trata de buscar datos objetivos, hechos concretos que sean capaces de identificar una ideología; así hay una serie de hechos que se convierten en distintivo de un servil, que son pruebas fehacientes del servilismo, que relacionan el ser y el parecer. Entre ellas se aducen: «es servil [tanto] que lo autentica cuatro tiros que quiso tirarle el general Roten» (*Obispo de Vic*), y fundamentalmente, el reconocimiento o la amistad del rey: «Con decir que lo ha escogido Fernando VII para gobernar ya está dicho» (*Villela*); «éste es el héroe de Fernando. Así son todos los suyos. Ni puede tener otros» (*Eguía*).

En relación con esta ideología servil, en muchas ocasiones se divaga o se sentencia acerca de España, que parece ser por naturaleza servil, y de la que no suele ofrecerse una imagen muy positiva: «No es el pueblo español a propósito todavía para ser libre» (*Fernando*).

Fernando VII.

El rey es el centro de todas las críticas, su retrato ocupa un lugar central en la obra⁸ (tanto en la estructura externa del libro como respecto a su contenido). Es muy curioso el análisis de la biografía del rey. En el retrato concreto dedicado a Fernando VII, Le Brun no se ensaña demasiado con él; es un claro ejemplo de esas superposiciones de planos críticos en las biografías que desemboca a veces en lo paradójico, como es el caso. Hasta ese momento, en los retratos anteriores, se ha ido perfilando la imagen de Fernando VII como un ser despreciable, similar a un depredador, «enemigo de la libertad», con lo que lo esperable cuando llegamos a su biografía particular es que la crítica sea durísima. No vamos a decir que la crítica sea positiva, pero, desde luego, no es tan dura como se habría de esperar. Se limita en su mayor parte a exponer los hechos de forma sorprendentemente objetiva, es el resumen más completo de los hechos de la revolución. La críticas más duras hacia el rey, que las hay, y muchas, se realizan tomando como punto de partida a otro personaje.

Siendo Fernando el centro de la denuncia general del libro en cuanto a máximo representante del Antiguo Régimen, resulta muy curioso que en la biografía destinada particularmente a él se aproveche para desplazar la crítica hacia otro sector: se critica a los liberales:

Nadie lo puede hacer mejor de lo que él lo hace. Que vengan a tomar lecciones de él los Argüelles, los Torenos, los Espigas, y los Muñoz-Torres, o no se metan otra vez a liberalizar naciones. Más en su derecho va él al fin que podían ir los liberales con todo su sagrado código y su prestigio de libertad. ¡Si para eso ni es menester hablar tanto, como ellos garruleaban,—ni voluntarios,—ni milicias,—ni cortes,—ni nada [...]

Y más adelante:

En la ausencia de Fernando, la España pensó en libertad, y en un libro que la contuviese y pudiese conservarla, como si la libertad se debiese fixar sobre el papel, y no sobre los corazones que son su principal residencia y domicilio. A la verdad, los Españoles, y sus liberales gobernantes no habían podido coger nunca bien la fisonomía de la libertad, y la creyeron siempre, como hemos dicho, despotismo con estamentos, o con Cortes y constitución, y nombraron a Fernando por el apoderado de la libertad [...]

Ante este desvío de la sátira hacia otros objetos, parece como si no se quisiera que el protagonista omnipresente en todas las biografías (sin duda «las manos que [más] le

⁸ Hay que tener en cuenta respecto a esta biografía la obra monográfica que Le Brun dedicó al rey, publicada el mismo año que los *Retratos: Vida de Fernando Séptimo, Rey de España*.

han dado vida y muerte» [*Prólogo*] a los hechos de la revolución), tomara protagonismo (aunque no es cierto que no se le critique, y mucho, en su propia biografía); parece una especie de gesto de desprecio a su persona, desprecio para el que no le han faltado palabras en las anteriores y posteriores, pero que se velan en su propia biografía (¿quizá el mayor desprecio de todos sea no dedicarle palabras?). Así nos podemos explicar las últimas palabras de su biografía, que teniendo en cuenta el conjunto del marco total de la obra, resultan absolutamente contradictorias a lo que se ha venido haciendo:

Hemos dado esta escasa idea de él en nuestra biografía, por que entre los agentes de la revolución de España, que nos propusimos dar a conocer, no debíamos omitir al que hizo en una y otra época el papel principal, y lo sostiene todavía.

Pero Le Brun ha disgregado una gran cantidad de insultos contra el rey, con más o menos humor, muchas veces con una mordacidad más seria, o con ironía amarga. En la línea de lo servil, ante todo se critica su maldad innata. En su propia biografía se dice de él: «levantó [...] el hacha de la tiranía, y la paseó por toda la Península chorreando sangre, y llenando de horror todos los pueblos [...] para reinar después en este infierno, maltratando los cuerpos y las almas». Crítica dura, es cierto, a la que hay que añadir un sinfín más, que son las que se reparten en las demás biografías: *Cepero*, *Reynoso*, *Riego*... «[Fernando] tiene un olfato maléfico [...] es un tygre con figura humana, verdugo asalariado para matar y colgar [...] por el hecho de causar dolor» (*Villela*); «el corazón de Fernando, donde se levantan los patíbulos» (*Copons*).

La crítica contra la Iglesia.

Suele identificarse ideológicamente con lo servil, por ello la incluimos dentro de este grupo. Sin duda Le Brun ataca con mucha fiereza a este estamento, por encima incluso de la crítica al estamento noble. Son muchas las identificaciones que se realizan entre lo servil y lo religioso, y, a veces, también con lo militar, porque los tres responden a un mismo espíritu. Por eso se dice, hablando de *Castaños*, general del ejército, que: «La Junta lo entendía, pues la gobernaba un frayle».

La relación con lo servil se manifiesta en que la Iglesia, como la nobleza (servil) se encuentra del lado de los Señores, del Antiguo Régimen. Su repulsa a la libertad («que se podía y debía ahogar en sangre», *Fernando*) y al pueblo es por esto patente: «nada tiene de particular de que un canónigo en infusión de obispo, no sea tan netamente liberal, como un ciudadano que paga derechos y contribuciones y sufre todos los gabarros del gobierno, sea malo o sea bueno, y anda a balazos allá en la guerra» (*Cañedo*).

En virtud de esta identificación, la Iglesia peca de los mismos defectos que la

ideología servil, porque ambas son defensoras, y parte, del Antiguo Régimen. Así se les critica la maldad propia de los serviles: *Muñoz Torrero* «era [a pesar de sus virtudes] clérigo y no podía ser hombre hecho y derecho, sino degenerados, como es preciso que sean los eclesiásticos»; «selva de frayles, clérigos y obispos que obscurece la misma luz del sol» (*Istúriz, don Francisco Javier*). Su falta de juicio crítico y su cabezonería: «unos hombres que llaman filósofos o diablos, que son una misma cosa para él. Dios y los frayles eran todo su mundo; y contra eso no había que probarle nada porque no serían pruebas las pruebas mismas» (*Simón López*); «sus necedades, que puede jurar que son inspiradas por Dios» y sus «sinceras tonterías le han valido dos mitras» (*Simón López*); «la cabeza de un frayle, si no ha degenerado haciéndose racional, es de muchos recursos» (*Vélez*). Sus ambiciones personales prevalecen sobre todo: «no le valió su honradez [...] en Roma no corre esa moneda, sino unida a la metálica» (*Muñoz Torrero*); «los frayles y los clérigos le decían, que la libertad se podía y debía ahogar en sangre; porque esta casta degenerada de la sociedad no ve más que su negocio, y es el instrumento nato de la opresión; no sabe de más libertad que de la suya, que es la esclavitud de todos los demás» (*Fernando*). Estos defectos son, en definitiva, pruebas de una falsa religiosidad. El problema de la apariencia y realidad también se relaciona con la religión: «la religión, de ninguna nación está más distante, que de aquella que la cacarea más» (*Regato*).

La Iglesia es además controladora de las ideologías, porque cuenta con órganos de represión y mantenimiento del régimen: la escuela y el púlpito. La crítica al uso político que hacían los eclesiásticos de sus predicaciones en el púlpito la encontramos acentuada en la biografía de *Suárez*. Sin duda la religión era la escuela fundamental a principios del siglo XIX. Le Brun critica las enseñanzas que transmite el Catolicismo español, en contra de la libertad: «Estamos nosotros criados en el temor de Dios desde chiquitos» (*Obispo de Vic*). De la educación de los reyes se dice: «Lo que es temor de Dios, y de que todo se paga en la otra vida... eso se les inculcó muy bien y se echa de ver a las maravillas en las conductas de los dos, toda católica-romana; y aun el mismo Fernando en medio de sus picardiueltas y crueldades, oye todavía sus misas y sus sermones, y lleva todos los días el rosario» (*don Carlos*). También en este sentido se manifiesta la diferencia entre España y Estados Unidos:

Se podría decir que la libertad misma formaba en aquellos puntos los establecimientos, de que había de hacer después escuelas públicas, donde viniesen a tomar lecciones de libertad los hombres de todas las naciones que aspirasen a la dignidad de ser libres. La religión misma de los primeros fundadores los había ya desembarazado de las cadenas de la superstición, que forman los esclavos: el protestantismo les había hecho ver ya al ser supremo en toda su grandeza y magestad, y no con los tristes y sombríos colores, en que lo consideraban los que aun vivían en los calabozos del intolerantismo católico (*Questión política*).

De todas formas, no suele arremeter con la Religión en término general, sólo con su órgano de gobierno. Por ello se dice que no son valores contrapuestos: «liberal sin zurrapas por inclinación y por principios, y sin perjuicio de la mística, porque era beato. La libertad y la religión no se excluyen, como se asocian de buena fe y por convencimiento» (*Agar*). Pero si bien es cierto que no hay una visión negativa de la religión «de buena fe», en ocasiones llega Le Brun a desvalorizar el sentido de lo religioso, como hace por ejemplo al referirse al olor de pies del Papa: «besarle los pies a su santidad, que se tendría acaso el pobre que tapar las narices, por que era verano y hacía mucho calor» (*Arias*). Pero a pesar de que liberalismo y religión no se contraponen, la religión sigue siendo algo independiente del ansia de libertad de los pueblos: «las dispensas y las indulgencias no son género de primera necesidad para las naciones [...] nos podíamos haber pasado una eternidad sin Roma» (*Villanueva*).

La mención a los carlistas.

El carlismo como partido político no apareció hasta 1833, tras la muerte de Fernando VII y el problema sucesorio. Lógicamente, hacia 1825-26 poco podría haber dicho Le Brun acerca de una ideología todavía inexistente; sin embargo resaltamos unos párrafos de la biografía del *Infante don Carlos* porque nos parecen muy curiosos, en tanto que se anticipa a los hechos históricos, y destaca ya la ambición de poder de Carlos, que será el motor de la nueva fuerza política:

pedir a Dios continuamente por el despotismo de su hermano, que puede ser el suyo si Fernando no tiene hijos [...] No faltaba más, sino que porque la España fuese libre, dexase perder los derechos de su familia [...] a los Españoles se les antoje tener libertad, cosa sin la qual han pasado tantos siglos, y que los reyes pueden suplir muy bien y los frayles, que saben de cierto, nada menos que por el mismo Dios, que es menester negarse a sí mismo y no tener libertad ni voluntad propia, sino manejar-se con la de ellos y la del rey, para salvarse? [...] Pero lo que es Carlos... ¡oxalá!... ¡quién sabe!... Puede ser... porque Fernando no tiene hijos, y lleva tres mugeres propias.

Los afrancesados.

Los afrancesados, incluso los que aparecen bajo la etiqueta de liberales moderados, se tratan como a los serviles. No deja de ser una característica como otra; Le Brun no se ensaña más con los personajes por ello. Estos prudentes reformadores, de todas formas, no suponen en ningún momento el triunfo de la libertad, su poder político se ve minimizado y su acción política, aunque no criticada, es nula. Esta visión del partido afrancesado, no negativa, pero poco eficiente, la encontramos en *Llorente*: «se hizo afrancesado, que era el partido que ahorra sangre y ruinas políticas a la nación». Pero este partido no se entendió nunca como liberal: «su liberalismo estuvo en duda algunos

días, por que, como era afrancesado, —y luego... que ve en España se quería por los ultraliberales la libertad por quintales, y esta gente [...] creían, que esto era poca gana de libertad, —y al instante se empleaban las palabras, *servil*, —*afrancesado*, —*cámaras*, y otros dictados de descrédito que había de reserva para estos casos» (*Burgos*). En la época ser afrancesado se entendía como ser servil, aunque Le Brun salta a veces esta visión y nos ofrece una imagen positiva de lo que defendían algunos de estos personajes (el mismo *Burgos* o *Bernabeu*).

Los liberales.

Retratos políticos de la revolución de España es, por encima del ataque personal y conjunto a las personalidades que contiene, una exaltación de la libertad, como el bien mayor del hombre. Sólo el que defiende la libertad con pureza y «buena fe» de corazón se salva en la colección de Le Brun. Es muy esclarecedor lo que se dice en la biografía de Arce acerca de la intención del libro, que no sólo quiere demostrar el fracaso de la revolución a través de sus agentes, busca algún resultado en positivo: «escribimos para que abra el hombre los ojos, si ha de ser libre» (*Arce*). Ahí está la salvación de una nación, en sus ansias de libertad: «Amó la libertad [...] este amor [...] es el que la hace [a la nación] infaliblemente libre» (*Pereyra*). En esta línea de exaltación hemos de situar todas las menciones a los Estados Unidos.

Sin duda, como el servilismo era prueba de falta de razón, el liberalismo bien entendido es prueba de lo contrario: «se sabía que era liberal, porque el que sabe no puede ser otra cosa» (*Clemencín*); «la razón no siempre la tenía, porque contra la libertad la hay pocas veces» (*Valiente*).

Pero si la idea de libertad es siempre positiva, el liberalismo como partido político es en España un enorme fracaso: «los liberales de España deben buscar otro oficio, si tienen ambición de figurar; pues, lo que es en política, se los han dexado en las dos épocas muy atrás los serviles, que siempre van al grano, como ellos a la paja de los principios» (*Regato*); «lástima que una causa tan noble, como la de la libertad, se haya sostenido en España por campeones tan poco dignos de ella» (*Comunero*); «el desatino y falta de orden con que se han manejado los liberales» (*Villagómez*).

Se critica de ellos su falta de cohesión como partido, su ineficacia política, su falta de compromiso con la causa. Como se dice en el prólogo a modo de conclusión: «no basta querer ser libre para serlo». Ahí radica el primer problema de los liberales (de los que realmente lo son). Su actuación política, penosa, y su incompetencia (que es tal que llega a afirmarse que: «la libertad no se perdió porque Dios no quiso», *Isturiz-don Tomás*) dio vía libre de nuevo a la política absolutista de Fernando VII: «los liberales empezaron a dudar del bien que podría producir una constitución» (*Ojeada política*);

«no necesita Fernando para ser absoluto más que la libertad, manejada por tales liberales» (*Parga*).

Cádiz, el espacio de la libertad.

Hay un marco espacial fundamental en la obra: la ciudad de Cádiz. En ocasiones toma forma casi de personaje. Se asocia, por su devenir histórico, a la libertad: «hay por supuesto, como en todas partes, serviles y hombres para todo; y aun entre los mismos liberales, sapos y culebras [...] pero se respira libertad» (*Vadillo*). Y por eso recibe, igual que los liberales, el odio de Fernando, expresado irónicamente: «[Cádiz] por eso lo quiere tanto su Fernandito que lo llama mi buen pueblo de Cádiz» (*Vadillo*).

Los personajes positivos (el familiaris y la laudatio).

Hay ciertos personajes en la obra a los que sorprendentemente se les dedica una biografía positiva, precisamente por su apego a la libertad: *la marquesa de Villafranca* («puede arder en un candil por lo liberal»), *Riego* («Nombre de gloria y oprobio para la España que lo produjo y lo mató»), *Miñano*, *Empecinado* («el más exaltado por la libertad», «el alma bondadosa y la buena fe»), *Puiblanc* («su corazón se queda intacto y su buena fe lo marcará para siempre con el sello de los hombres de bien»), *Copons*, *Rico*, *Hermosilla*, *Calatrava*. De todas formas suele siempre destacarse algún defecto, algún error (se dice de *Riego* que «no supo hacer bien el papel de héroe»; de *Rico* que a pesar de su fanatismo por la libertad «no había tenido en su vida ni la menor idea de lo que era libertad»), pero se hace de una forma más suave, con humor menos agrio y con un tono casi paternal. Es lo que en la sátira latina se llamaba *familiaris*. También es propio que la crítica se desplace en estos casos, y de alabar al retratado, se pase a censurar a sus oponentes:

Fernando lo ha preso, y mandado juzgar a su gusto, y según su código mental y su corazón; y los jueces, que le adivinan los pensamientos, buscaron el delito en su mérito y en su virtud, y lo condenaron (¡infames!) a horca y ser desquartzado. Fernando, (se supone,) aprobó esta sentencia como suya. Jueces tales desacreditan a Dios, que los dexa después vivir, y a la providencia, que no los expone al punto a ser desechos y exterminados por un rayo, que ofrezca almas tan negras a la satisfacción pública, ya que no son sensibles a los remordimientos, ni a la vergüenza, [...] y en su horrible memoria vaya atesorando furor, y rabia, para el día de las venganzas, que no puede estar lexos, y ellos aceleran tan estúpida- y descaradamente. La Europa y la América donde se van escribiendo en los corazones de todos sus habitantes estas carnicerías, que decretan estos monstruos que hacen detestable el nombre Español, esperan del cielo que las vengue; y Dios prepara ciertamente este atroz día, o no sería Dios (*Empecinado*).

es el campeón en principio y esfuerzos por la libertad [...] [y en esta visión positiva se adopta un tono

enormemente trágico:] ¿Dónde están esas horcas?, pregunta, y pregunta [...] a las familias de los ahorcados [...] un nuevo suplicio y una muerte [...] ¿se insulta así al dolor? (*Hermosilla*).

Los liberales utópicos.

De muchos de los liberales, aunque se les valore el planteamiento acertado de su ideología, se les criticará el hecho de que sean incapaces de traducir sus ideas en hechos concretos y que sean incapaces de aplicarlas al caso de España. Tras la guerra de la Independencia, «la España pensó en libertad» (*Fernando*). Pero el problema es que sólo se pensaba en libertad y las cosas «no se hacen con deseos y ganas de hacerlas» (*Moreno-Guerra*). Lo que les faltó a los «liberales de buena fe» fue precisamente lo que le sobraba a los liberales hipócritas: decisión y actuación política correcta. En la obra de Le Brun frecuentemente los liberales son reducidos a simples utópicos, idealistas, que tienen una ideología válida como ideología pero falta de realidades, de actos. Es un «liberalismo a prueba de razón y utilidad práctico política» (*Moreno Guerra*). Sólo ve «fantasmas en lugar de realidades», y cuando la utopía se queda en eso, no da resultados, a pesar de ser «el sueño de un hombre de bien, pero era un sueño». Le Brun satiriza a estos personajes, pero desde un humorismo no tan duro como ridiculizador, con una mirada casi paternalista: en *Moreno Guerra* el problema es «su falta de entendimiento», pero «eso no tiene él la culpa de no tenerlo en todo su punto»; e *Istúriz* vive en los: «países de la imaginación».

Los liberales principistas.

Con esta denominación se califican a los liberales que siguen los «principios» del liberalismo a rajatabla, sin un análisis de los mismos. No se corresponden con los que hemos denominado utópicos. Frente a los anteriores, para los que Le Brun adopta un tono más familiar; a los principistas Le Brun parece tenerles un odio atroz. El fundador de esta «secta», como se la denomina en ocasiones, es Argüelles, tal como aparece en la primera biografía. Este personaje será otro de los que se tomen como referencia obligada para adscribir a un personaje a este grupo, o contraponerlo a él. El «principismo» impide al hombre pensar por sí mismo; por eso se dice que *Ramos Arispe* no era principista, «porque quería más campo para opinar».

Veamos algunas de las caracterizaciones de estos «principistas». «Villanueva es de los principistas, y no faltaría a un principio por un ojo de la cara, y aunque se hundiera el mundo» (*Villanueva*). «Es de los principistas porque es liberal de los libros, y no liberal de la nación Española, y mucho menos, de la revolución» (*Porcel*). «Liberal del partido de los principistas, que eran capaces de dexar perder mil veces la nación, y un millón de naciones que hubiera, por no relaxar o faltar a un principio. No podrían creer

que tuviese razón el que dixo: “Los principios no son tales / Que siempre lo han de ser; / Pues, ir contra los principios / Es principio alguna vez”» (*Zorraquín*).

En contraposición, es un elogio saltarse los principios. Así se dice de *Moreno-Guerra* que «salta los principios en busca del bien», y de *Isturiz* que «en honor a la verdad, debemos confesar que se salía muchas veces de los principios».

Los liberales exaltados.

A pesar de la continua defensa de la libertad, se tiene en muchas ocasiones cierto recelo ante los que se muestran demasiado exaltados, ante los que toman posturas extremas: «[la] exaltación que siempre y en todas líneas es sospechosa, porque es un estado violento, y ni la razón ni la naturaleza la pueden sostener por mucho tiempo. La enfermedad de la demencia suele no tener otro principio que una idea, que se nos pegó, y nos gana por entusiasmo o exaltación» (*Regato*). También se dice de otro exaltado que éstos «inflaman la imaginación para acabar más esclavos que antes» (*Machron*).

Los americanos.

Ya hemos aludido a la exaltación de Estados Unidos en la obra de Le Brun. Los americanos, que serán una fuerza política importante en época de Cortes, se ven de forma positiva. Parten con una ventaja: el ser americanos los inclina naturalmente a la libertad: «liberal, porque era americano y no podía ser otra cosa» (*Ramos Arispe*). A pesar de la visión positiva de ellos, no se retratan muchos.

Los jansenistas.

Este grupo se identifica en la obra ideológicamente con los liberales y se opone a lo servil, aunque Le Brun hace notar que sus límites, si es que están definidos, pocos los reconocen con seguridad. Desde luego Le Brun no tiene una imagen negativa de ellos, como se deduce de lo que se dice de *Villanueva*: «Villanueva ha querido en algunas temporadas lo mejor, y por eso lo han llamado jansenista los que nunca lo quieren; sin hacerse cargo, que en otras ha escrito lo contrario, y no por eso ha sido ni tomista ni jesuita». Aunque más adelante se dice de ellos que son: «duendes de la teología, que los cría, como los animales las pulgas y demás insectillos»; «abjuró de hecho el sistema constitucional ante el Pontífice, que se llamaba jansenismo, mote que se le pega a todas las cosas que ponen en peligro el absolutismo eclesiástico o civil» (*Espiga*); «todos jansenistas, con un jansenismo que le reboza por las puntas de los cabellos, que, aunque no se le vea salir, por más atención que se ponga, lo ve bien su señoría ilustrísima, y es

para todos los demás un duende que dicen, dicen, pero ni se vee, ni se oye, ni se entien-de; y cuidado que no es por falta de trabajo, porque hay tomazos enteros y muy volumi-nosos escritos sobre él y sobre su fisonomía y su existencia» (*Vélez*).

Los masones.

También es un sector que queda esbozado en la obra, aunque no demasiado indivi-dualizado. El ser masón se convierte en una característica supletoria al ser liberal, pero no motiva una crítica especial por parte de Le Brun, sí de los serviles: «la mejor constitución y la sola para los estados son el *credo* y el *padre nuestro*; y que las que se llaman tales son obras de francmasones, que creía espíritus aéreos, como tiene descrito en una obra que le hace mucho honor, y que descienden de Caín» (*Vélez*).

Apariencia frente a realidad.

Si en algún momento se falta a la verdad en cuanto a las biografías, es por «el disimulo hipócrita de liberalismo, que hemos sin embargo procurado descorrer y analizar hasta sus últimos elementos» (*Prólogo*) porque «los hombres no son siempre lo que parecen» (*Hermosilla*). Esta hipocresía es inherente al hecho de ser liberal: «la libertad (lo hemos dicho) era una máscara de un pueblo» (*Ezeta*) y, sin duda, es lo que no se les perdona a los liberales: su falta de determinación. Le Brun divaga ante este bifrontismo que presenta muchas veces el hombre, y lo hace precisamente, en un movimiento de contraposición, cuando se valora la honestidad de *Roxas Clemente*:

Los hombres estamos todos forzados por la sociedad, para hacernos dos, porque hay también dos sociedades donde debemos con precisión vivir. La aparente, donde estamos, parece, convenidos en engañarnos; y la verdadera, en que obramos con nuestros particulares intereses, que nos separan, cuando parece que nos asocian, y nos aíslan, cuando nos enlazan y nos unen. [...] Los que, como el señor Roxas-Clemente, que estudiando incesantemente la naturaleza, como fue producida y se conserva, adquieren el hábito de vivir entre realidades, que son verdades, que no se pueden disfrazare, no pueden absolutamente, aunque sea en el congreso o corporación más digna del orbe, decir no, quando sienten el sí, ni espero, quando desesperan [...] el disimulado [es el] que esconde lo que es, para negociar con lo que no.

Y también: «¡sobre que es menester sospechar hasta de los Griegos y los Romanos! ¡Qué cosas tan bonitas se dicen siempre, y qué cosas tan feas se hacen! A oírnos, hasta las feas son bonitas, ¿pero lo son en realidad?» (*Capaz*). Frecuentemente se dice de algún liberal que tiene dos o más caras: «cambiacolores», «dos Villanuevas» (*Villanue-va*), «camaleónico». Esta idea se expone como conclusión de todas las biografías en la última de ellas, a través de unos versos que contienen una fuerte carga humorística:

Damos esta muestra, para que se vacían por ella casi todos, o todos los liberales. Son el camaleón de la

FABULA

Subiendo un Camaleón
 por una floresta arriba,
 ya era verde,— ya rosado,—
 ya oscuro,—ya emblanquecía.—
 ¿eres uno o eres muchos?—
 le dijo una lagartija.—
 Anda,—di a los liberales,
 que te expliquen este enigma:
 Por su negocio arrastrando
 también su color varía,
 ya es el de la libertad,
 y ya el de la tiranía;
 que la impudencia hace en ellos,
 lo que natura en mí hacía.

(Luna-El Ciudadano).

Por eso se dice de tantos: «Liberal vaciado sobre un fondo de servilismo, que ya no pareció ni lo uno ni lo otro [...] acamaleonado y lleno de un millón de Romanillos, uno para cada ocasión» (*Romanillos*); «servil y liberal, todo revuelto y según las ocasiones» (*Villavicencio*); «hizo el papel de liberal, pero de liberal a la Española, como los quiere el Rey y el Papa» (*Sayas*); «lástima es dar lugar a este inmundo reptil entre liberales malos o buenos, ni aun entre los serviles; el no pertenece a ninguna clase, por haber pertenecido a todas de un modo que eriza el cabello» (*Regato*); «para esto era masón con los masones, comunero con los comuneros, anillero con los anilleros, liberal con los liberales y servil con los serviles, sin ser nada en realidad para nadie, sino todo para sí mismo» (*Regato*); «neutral para todo lo que no era él: se buscaba siempre a sí mismo por todas partes, y por todos los partidos [...] tiene recursos y medios lo mismo para defender y sostener la libertad, que para apoyar y proteger el servilismo» (*Cano Manuel*); «se supone que era liberal» (*Isturiz-don Tomás*); «el liberal y servil a turnos y aun al mismo tiempo, conforme caían las pesas» (*Odonel*); «con dos opiniones, una pública y otra secreta; pero que se traslucía como hija de clérigo, y realmente era eclesiástica y servil; aunque la pública era liberal por temor de las galerías» (*Capmany*).

Dentro de éstos, son muchos los que son liberales sólo por aparentar, y muchos responden al tipo social del petimetre (toda la biografía de *Martínez de la Rosa* es una magistral descripción de este tipo): «Argüelles, cuya petulancia era su ciencia, y cuyo patriotismo estaba por ella en razón inversa de sus palabras y de sus apariencias» (*Argüelles*); «liberal acaso por moda» (*Zulueta*).

Estos falsos liberales tendrán los mismos vicios que los serviles, pues actúan también en su propio beneficio: «[tenía una] ambición pueril [...] lo que quería era ser

ministro aunque fuese no más que por dos horas, y a costa de la vida de su muger y de sus hijos, y de ser después preso, desterrado o ahorcado, o fugarse para conservar la vida. Es una lástima esta debilidad» (*Vadillo*); «creemos que si el amor a la libertad en él y sus compañeros hubiera sido como al dinero la Constitución no se hubiera destruido tan pronto» (*Canga-Argüelles*).

El problema de la apariencia y la realidad provoca a lo largo de la obra una continua confrontación entre las ideas de un personaje y los hechos que realiza, porque no podemos identificar el pensar con el hacer de un individuo, por ello Le Brun tiende a la duda: «liberal a carta cabal [...] ahora, lo que cada uno lleva en su pecho no se puede saber [...] Nosotros [atendemos] a los hechos pelados... *operibus credite*» (*Arejula*); «le dio a su patriotismo y a su valor un ayre de verosimilitud, que no parecía sino que era verdad» (*Ballesteros*).

Ante la imposibilidad de diferenciar e identificar las ideas que se expresan y las que se tienen, el ser y el parecer, de la misma forma que ocurría con los serviles, Le Brun ofrece una serie de pruebas o marcas de liberalismo, de los que no podemos dudar, porque son datos concretos y contrastables, comprobables, que no remiten al interior del retratado, sino a hechos externos a él. De la misma forma que es prueba de servilismo para Le Brun el apoyo del rey, en los liberales la prueba fundamental es ser el objeto del odio del rey, ser merecedor de «los honores de la prisión y el destierro» (*Ramos Arispe*). Esto será un motivo de elogio: «en la persecución, que sufrió [Riego] por liberal baxo Fernando el perseguidor» (*Riego*); «los serviles, que le han honrado en todo este tiempo con su odio; ni Fernando 7º le ha podido negar por ella los honores del patíbulo» (*Moreno-Guerra*); «liberal tan seguro como que es decretado a la horca» (*Vigodet*). Y sin embargo, sigue sin ser una prueba total: «casi se podría temer que hasta llegara a dexarse ahorcar por un servil para aparentar liberalismo» (*Arejula*).

También es prueba de liberalismo perder algún privilegio con la llegada de un nuevo régimen. Es la prueba fundamental que convierte a un noble en liberal: «lo que es buena fe, la tenía [...] la constitución, aunque hubiese tenido que tomar no más que el tres por ciento en el cambio de los vales, y que perder [...] los grandes cortijos y haciendas» (*Zulueta*).

La visión de las Cortes.

Con estos liberales, muchos de los cuales fueron diputados en la primera y la segunda época constitucional es lógico que la visión que se ofrece de las Cortes no sea muy positiva, más bien al contrario: los deseos de aparentar, la verborrea sin sentido, el contrariar por contrariar y la ausencia de soluciones que están presentes en cada uno de los retratados se hacen presentes en público en estas reuniones de Cortes, de las que

Le Brun nos ofrece algunas descripciones, muy irónicas, y muy cercanas a la visión que años más tarde ofrecería Galdós en uno de sus *Episodios Nacionales: Cádiz*. Veamos una de las caracterizaciones más largas que se hace de estas reuniones:

Como el liberalismo de sus tertuliantes y el suyo se había ido formando poco a poco y a ratos en las conversaciones, y quando no se podía esperar que sirviese para otra cosa, que para pasar el tiempo y las largas noches de invierno, se habían descuidado algunas partes y piezas principales de su sistema y organización, y se vieron al fin chasqueados, quando llegó el caso de ponerlo en pie [...] Todo lo que era hablar, citar a tumulto, pedir deposiciones de autoridades y destinos, cantar tragalas, formar decretos, mudar los nombres de las cosas, y ponerse en los sombreros lemas de muerte o constitución, todo eso estaba al corriente; pero lo demás... Dios lo dé, no se sabía por donde empezar, por que... a la verdad, la cosa no era tan fácil como le había parecido a los tertuliantes, que no contaron sino con empezar ¿Y después? [...] Sólo mentecatos, que se alimentan del ayre de las abstracciones, podían haber desconocido hasta tal punto la España, para la qual deseaban o titiriteaban la libertad. Así salió ello (*Isturiz-don Francisco Javier*).

Así mismo se critican los mismos vicios, derivados del deseo de aparentar, fundamentalmente, de la «manía de figurar» (*Campana*), que presentaba Galdós, el hablar sin sentido, y el «teatro», en definitiva, que eran las Cortes: «Dixo uno: soy de dictamen / opuesto al que el otro ha dado: / ¿sí no ha dicho?— Pues que diga, / y yo digo lo contrario»; «en las Cortes se eligió al que hacía más ruido y tenía la voz más melocita» (*Argüelles*); «los sabios piensan más que hablan; los Argüelles hablan más que piensan, y más que saben, pero para hablar como ellos mejor es callar» (*Marina*); «habla sin saber bien qué decir» (*Cepero*).

El lenguaje de la sátira. Objetividad y estilo periodístico.

Sin que sea nuestro objeto un estudio profundo del estilo de los *Retratos políticos de la revolución de España*, sí que es interesante señalar algunos de los recursos más comunes que utiliza Le Brun, y sobre todo, intentar comprender la relación que guardan con la intención de la obra y con el contenido de la misma. La sátira, según las teorías actuales, no debe definirse formalmente por la utilización de una serie de recursos, pero, sin duda, hay algunos que le son propios, relacionados con la efectividad y con el *ridiculum* que toda sátira ofrece.⁹

⁹ R. Cortés, en *ob. cit.* realiza una clasificación bastante operativa de los *genera ridiculi* tal como aparecen en la teoría de la sátira ciceroniana (p. 54), que no se ha seguido aquí porque no abarca todas las posibilidades de humorismo de la obra de Le Brun, pero que es muy interesante, porque en ella se comprueba la relación entre lo que realiza Le Brun y la sátira romana. La clasificación: FIGURAS Y TROPOS: basados en la semejanza (no tropos: paronomasia y *similitudo* / tropos: metáfora y alegoría / hipérbole y alusión); basados en la oposición (no tropo: antítesis / tropos: antífrasis y *urbana dissimulatio*). VERSOS Y PROVERBIOS: *decepta exspectatio, ambigua narratio, apologus et aliquid ex historia, stultiiae reprehensio*.

La prensa, que a partir del siglo XVIII va a tener un desarrollo cada vez mayor, se caracteriza por rasgos que son comunes a la obra de Le Brun. En primer lugar, el deseo de información, aparentemente objetiva; en el Prólogo se dice que las biografías se hacen «mirando y remirando el original», que «los retratos que aquí se manifiestan hablan ellos por sí, no el que los muestra»: hay un referente biográfico, y el autor es testigo, copresente con este referente. Ésta es otra nota esencial: escritor, lector y referente comparten unas coordenadas espacio-temporales, de forma que lo que se lee llega con eficacia y contemporaneidad al que lo recibe.

Le Brun alude muchas veces al carácter objetivo de su obra, para la que procede como un periodista, contrastando datos: «Se atribuye a sí mismo la parte principal del alzamiento de Riego, y Riego nos lo ha contestado de buena fe: queremos darle a cada uno lo suyo» (*Mendizábal*). «Nuestra imparcialidad está en nuestras descripciones vaciada con la misma exactitud, que los ridículos caracteres que hemos descrito. Quisiéramos que esta verdad se impresionase en nuestros lectores, tal como es, para que lo que los sugetos que describimos, fuesen en su juicio, después de leídos los retratos, lo que fueron en la revolución» (*Prólogo*).

La fórmula dialógica y el vocativo.

Esta fórmula establece la relación necesaria entre emisor y receptor que es fundamental en la sátira. Toda la obra parece dirigida a un tú que es en último término el lector. Así se apela a él en múltiples ocasiones: «no señor, ya veis» (*Villanueva*), «Vuestra merced» (*Vélez*), «tenía sus libritos franceses, sí señor» (*Isturiz-don Tomás*). A veces el dialogismo no es con el lector, sino con el retratado: «Tu capitanía general es tu patíbulo; en ella te ven todos colgado, como el asesino de su ciudad» (*Campana*).

Plural de modestia.

Es una característica de la prosa científica de ideas. Así se diluye también la presencia de un autor-persona, con lo que la crítica parece más impersonal, y gana en objetividad. No suena igual un «Creo» que un «Creemos». Los ejemplos de esto son innumerables: «Apostamos que no tiene qué comer [...] si lo conoceremos nosotros» (*Mendizábal*), «debemos confesar» (*Isturiz-don Tomás*)...

Impersonalidad objetiva y caracterización indirecta.

La caracterización indirecta, la fórmula de «lo que se dice», la referencia a rumores, son también marca de imparcialidad, poner en boca de otra persona la crítica, en lugar

de en el autor. Aún mayor objetividad si se pone en labios de un colectivo, o no se especifica. Es la técnica del rumor: «ambición pueril le han notado sus paisanos» (*Vadillo*); «la casa Otomana, así llamaban por befa a los Istúriz» (*Istúriz-don Tomás*); «sabemos lo que se dice de él» (*Mendizábal*).

Presente vivencial.

La cercanía en los hechos, el tiempo y el espacio, los referentes reales, son otro recurso frecuente. Es muy común aludir a un personaje que todavía está vivo refiriéndose con un presente, que tiene un valor de actualidad propio del periodismo de información. Eso lo vemos también en las precisiones sobre lugares, fechas o profesiones de los retratados. Todo ello son pruebas acerca de la veracidad de la obra. Un espacio fundamental, Cádiz, con su «Plaza San Antonio» (*Isturiz don Tomás*), «plaza de San Juan de Dios» (*Vélez*) y otros muchos lugares; unas fechas omnipresentes: 1812, 1820 y 1823.

El lenguaje de la sátira. Caricatura y ridiculización.

«Hemos caracterizado muchas de sus descripciones con el nombre de caricaturas, porque nuestro fin es no sacarlos en ellas del ridículo en que ellos se pusieron», «la ironía y la sátira debían servir solamente de pincel, para retratar a unos hombres [...] que se metieron, sin sentirlo, en el círculo del ridículo que llama a la risa y el desprecio de los demás». Esta es la característica fundamental de la obra: buscar la expresión del *ridiculum*, siguiendo la idea de *ridendo dicere verum*. La mayoría de los siguientes recursos buscan el humorismo, en ocasiones basado en una gran agudeza de ingenio (diferente en la invectiva).

La hipérbole.

«Villanueva es de los principistas, y no faltaría a un principio por un ojo de la cara, y aunque se hundiera el mundo» (*Villanueva*); «alma amasada de liberalismo desde que nació y que ha venido por toda su vida alimentándose de él, hasta el punto de que no hay ya en su cuerpo ni en su alma, en sus sólidos y en sus líquidos sino libertad» (*Salas*).

La ironía.

Me refiero a ironía verbal, no entendida como el tono, que es común a casi toda la obra, sino como recurso estilístico: «[Cádiz] por eso lo quiere tanto su Fernandito que

lo llama mi buen pueblo de Cádiz» (*Vadillo*); «pobrecito de su hermano, sufrir sin culpa por los malvado liberales» (*don Carlos el Infante*); «era una alaja el tal Arias» (*Arias*); «¡qué olfato han tenido para siempre los liberales!» (*Parga*); «a la entrada por los Pirineos anunció a los Españoles el despotismo que traía en su pecho, que se llamaba ya como él, Fernando y lo proclamó después, camino a su corte, en Valencia el 4 de Mayo en el decreto que es gran carta de la libertad Española» (*Fernando*); «cosa sin la qual [la libertad] han pasado tantos siglos, y que los reyes pueden suplir muy bien» (*don Carlos el Infante*).

Litotes.

Zulueta «no era Cicerón»; *Vadillo* «no era feliz en la palabra».

Eufemismo.

«Fernando le mandase jugar allá» (refiriéndose a que le obligó al exilio); «besarle los pies a su santidad, que se tendría acaso el pobre que tapar las narices, por que era verano y hacía mucho calor» (*Arias*).

Comparación (similitudo).

«Los ministros [que son] cometas que maneja Fernando VII» (*Canga-Argüelles*). También hay comparaciones mitológicas, o con personajes históricos o legendarios conocidos, emblema de tal o cual actitud: «buscar como Eneas por esos mares» (*Mendizábal*), o la de *Vélez* con don Quijote. Lógicamente, las comparaciones también son apropiadas para provocar la risa, según el término con que se compare.

Las comparaciones son generalmente degradadoras, por lo que se tiende a la *animalización*: «hombre papagayo» (*Espiga*); «pulgas e insectillos [los jansenistas]» (*Villanueva*); la mención continua del olfato de Fernando VII, que se trata como a un depredador; se mencionan las «garras» (*Isturiz-don Tomás*); «echaba margaritas a puercos, es verdad» (*Salas*); Fernando VII, «el lobo que guardaba las ovejas» (*Sancho*); Cádiz, «pueblo que balaba por la libertad» (*Aznares*).

Diminutivo ridiculizador.

Ofrece un tono muy irónico y está en la misma línea de degradación del personaje. Es uno de los recursos que se usan con mayor soltura: «gaditanito» (*Zulueta*); «capuchinito de Cádiz» (*Vélez*); «libritos franceses» (*Isturiz don Tomás*); «segundo Isturito» (*don*

Francisco Javier); *don Carlos*, «muy beatito»; «esperancillas de mejorar» (*Arias*); «este padrecito, quando salía por la mañana del tocador, y acababa de rizarse las barbas, después de quatro palabritas» (*Vélez*).

Antítesis, paradoja y *decepta exspectatio*.

Las figuras de oposición son muy frecuentes porque son hábiles a la crítica: están al servicio de las oposiciones que se manifiestan en el contenido: servil / liberal, apariencia / realidad. La antítesis es muy utilizada en series enumerativas, relacionada con la ambivalencia de los retratados: «obró a favor y en contra de Lacy» (*Castaños*); «nombre de gloria y oprobio para la España que lo produjo y lo mató» (*Riego*); «personifiquemos a la nada, que es algo en política» (*Arce*).

Pero de mayor ingenio es la utilización de la paradoja, que obliga a una lectura cooperativa por parte del que lee, acrecentando el lazo autor-lector, tan buscado por la sátira. Una forma de conseguirla es mediante una obviedad enorme, pero que a la luz de los hechos no es tal, o lo contrario: ofrecer frases imposibles desde el punto de vista lógico, que se hacen verdad por la ironía que contienen: «su caridad sin caridad» (*Pulido*); «yo no vuelvo a ser esclavo, y tomando la cicuta, dexó de ser libre, por que dexó de ser» (*Pereyra*); «hermano de su hermano» (*Istúriz-don Francisco Javier*); «Lacy es Lacy y todo cuanto podemos decir sobre él» (*Lacy*); «se acabó porque no se empezó, y no se empezó porque se acabó antes de empezar» (*Feliú*).

La *decepta exspectatio* es un recurso muy utilizado por Le Brun, y recurso de grandes posibilidades humorísticas, de hecho es uno de los procedimientos más utilizados por la comedia. Consiste en romper con lo que el lector espera, ofreciendo algo totalmente diferente: «se gana un nombre que no podrán ni querrán disputar» (*Castaños*); «lo creyeron liberal y no se engañaron, porque lo fue todo» (*Castaños*).

Juego de palabras.

El humorismo que produce es más que evidente: «liberal grande como Grande que era» (*Marquesa de Villafranca*); «era valiente, como suena, el señor Valiente» (*Valiente*); «lo de Castaños pasa ya de castaño oscuro» (*Castaños*).

Figuras de repetición.

Han de relacionarse con las oposiciones. También están al servicio del contenido. Sirven para acentuar una actitud, para intensificar el carácter repetitivo de la historia y el fracaso de las dos revoluciones liberales. Como ejemplo, una enorme enumeración

contrastiva:

El que reparte, de Regente, sables de honor a los soldados en una comida pública y patriótica en el partido de León, y el que pone a poco la horca, y cañones en la plaza de San Antonio de Cádiz, para amenazar a los liberales, sólo por serlo.—el que bate en una época a los ejércitos franceses, y les entrega en otra el suyo con ignominia:— el que hacía al mismo tiempo en Madrid la esperanza de los liberales y de los franceses [...] y otros siete términos (*Odonel*).

E igualmente las repeticiones, las anáforas y las epíforas: «repitieron en el gobierno las mismas indiscreciones, los mismos errores, las mismas torpezas, las mismas fatuidades, que la vez primera» (*Fernando*); «todo es en ellas nata, todo raciocinio puro, todo oro» (*Cañedo*); «yo no sé qué tiene un obispo, con aquel vestido morado, aquella mitra, aquel pectoral, aquel modito, aquel anillo, aquel ayre apostólico... vaya... que impone, y no se atreve uno ni a sonreír» (*Obispo de Vic*); «servil como monge; servil, como catedrático de teología en Salamanca; servil como obispo; no sabemos si decir, como Español; y aun sin añadir, como hombre» (*Arias*); «si faltaba un regidor, Istúriz; si un síndico, Istúriz; si hay que elegir una junta de gobierno, al punto Istúriz; diputado de Cortes, Istúriz; si otras Cortes, otra vez Isturitos».

Derivación léxica y neologismos.

La *derivatio* se relaciona con el juego de palabras e igualmente con el uso de los diminutivos; es una forma de repetición relacionada con otro recurso que provoca el humor: «Sabía hacer valer lo que sabía, quando el saber valía algo [...] pero que sabía también ignorar lo que sabía [...] quando para valer era menester ser tonto [...] y no supo ya más» (*Espiga*). En el terreno de las creaciones de nuevas palabras con uso satírico, abundan los plurales de nombres propios, que en parte cosifican a los personajes, convirtiéndolos en ideologías, virtudes o defectos personificados: «todos son y serán Espigas, para los Arzobispados» (*Espiga*); «los Mendizavales, los Beltranes, los Torenos» (*Canga-Argüelles*). También se crean verbos y adjetivos, con un efecto humorístico mucho más patente que el anterior: «Fernandísimo»; «Rieguear» (*Odonajú*); «argüellando contra la libertad» (*Ezeta*).

Diálogos, interrogaciones retóricas y exclamaciones.

Abundan ejemplos de este tipo que dan un tono más emocional al estilo: «¿Adónde íbamos a parar?... ¡Pues qué! ¿Era tan fácil barajar al notista de Evaristo y a su contrincante en heroísmo López Baños? ¡Ahí es nada las cabezitas con quienes querían a echar a pelear al pobre de Vadillo!» (*Vadillo*). Las exclamaciones generalmente se colocan

al final de las biografías, cerrándolas a modo de epifonema, a veces con un tono cercano a la lamentación: «¡qué Argüelles es éste de mis pecados, que mete tanto ruido!» (*Argüelles*); «¡qué farsa la de la Constitución y los constitucionales!» (*Feliú*).

Sentencias, citas, refranes y aforismos.

Demuestran también la cercanía con el lector, al hacerse partícipe, junto con él, del mismo acervo cultural. Se recurre así a la fraseología popular: «Cádiz tenía siempre el recurso de dar una patada al puente de Suazo» (*Moreno-Guerra*); «quítame allá esas pajas» (*Villanueva*); «el que más y el que menos sabe donde le aprieta el zapato» (*Isturiz- don Tomás*); «dar un ojo de la cara» (*Isturiz don Tomás*); «otro gallo le cantara» (*Obispo de Vic*); «texe manexe» (*Mendizábal*); «pedir peras al olmo» (*Moreno-Guerra*). También se usan citas como «*la libertad no se podía establecer sino con el despotismo* [Napoleón]» (*Villanueva*). Parafrasea sentencias famosas, con mucho humor: «Él llegaba, ahorcaba y vencía», así como recurre a gran cantidad de citas de los clásicos: Horacio, Virgilio, muchas veces en latín. No son menos frecuentes las sentencias del propio Le Brun: «Para mentir es menester memoria» (*Villanueva*); «Se ha dicho que para sentenciar un delito es necesario oír a las dos partes» (*Villanueva*); «el buen corazón es a veces un mal» (*Valdés, don Cayetano*), y así otras muchas que van poco a poco configurando su ideología.

*

Desde luego, los *Retratos políticos de la revolución de España* nos ofrecen una visión de la política impensable en la literatura del momento en España. Éste es uno de los intereses fundamentales de esta obra en cuanto a su contenido: juicios y opiniones revolucionarias, doctrina libertaria, sátira de la política de su tiempo, todo ello encajado en un complicado mosaico de personas. Biografía, sátira y filosofía política; humor y didáctica; descripción y reflexión. Todo este conglomerado para, a pesar de su «pésimo español», tal como lo califica Jaime del Burgo, esbozar una defensa de la libertad y, sobre todo, una crítica de la opresión, hacer reír y hacer pensar, para engrosar la memoria colectiva, y para demostrar el otro lado de las revoluciones liberales en España, a menudo ensalzadas en extremo. Interesante, desde luego, contraponer esta obra con las muy posteriores *El Cádiz de las Cortes* de Ramón Solís, o *En las Cortes de Cádiz*, de Rafael Salillas, para entre ellas, la degradación y la mitificación, buscar un justo medio. *Retratos políticos de la revolución de España* es la biografía, historia y sátira de un fracaso, o de cientos de fracasos, de entre los que quiere elevarse la voz de la libertad.